

JUAN JOSÉ DELGADO

“Los guanches en el cabaret” de Elfidio Alonso



Setenta años separan la publicación de *Los guanches en el cabaret* (1928), de Elfidio Alonso, de esta reedición con la que el Ateneo de La Laguna ha querido recuperar un libro que, en su tiempo, planteó una confrontación con el regionalismo costumbrista, contra un regionalismo todavía ochocentista y atado a los tópicos con los que se pretendía definir la realidad insular. Su propósito, declarado en una especie de artículo epilogo, era hacer de esta novela “el último funeral al cadáver del costumbrismo anecdótico”. La carencia de una tradición literaria vigorosa hacía imposible la evolución de las fórmulas prestadas que habían estado fundamentando el localismo artístico en Canarias. Todo lo más que se podría alcanzar con las viejas percepciones eran detalles descriptivos, exteriores, postaleros, meras recolecciones que, mecánicamente, de isla en isla o de campanario a campanario, insistían en repetidos paisajes y figuras con la vana propuesta de hacerlos pasar como auténticas señales de la regionalidad.

Pero había también escritores que sintieron la necesidad de expresar la novedad de las cosas, del mundo en torno y del ser humano que lo habitaba. Dar expresión, en un libro nuevo, un nuevo mundo. Y mostrarlo con flamante mirada y desde una perspectiva tal que condujera a un

diferente trato con la realidad. Se necesitaba urgentemente concebir las nacientes formas con las que incorporarse a la conciencia y al arte contemporáneos. El año de *Los guanches en el cabaret* puede muy bien figurar como una fecha que va dejando atrás las formas caducas de un realismo decimonónico que se encuentra ya a un paso de la claudicación; mientras, por delante, se abren expectativas que se orientan por la senda del arte contemporáneo. Las formas no pueden mantener por más tiempo una coexistencia imposible y comienzan a entrar en conflicto. Un camino ciertamente incierto pues, ni siquiera los más decididos y preparados, estaban en disposición de marcar el punto claro de llegada. Las vanguardias, en su primer momento, sacudieron y se precipitaron como una especie de mareas continuas y desbocadas de ismos. Sobraban retos, espontaneidades y afanes de dejar atrás una literatura vieja a la que le había llegado el momento de ser enterrada. Faltaban, sin embargo, manifiestos teóricos claros que tuviesen justa correspondencia con las obras y publicaciones que amanecían por sorpresa un día para, al otro, quedar súbitamente desplazadas. Los nuevos tiempos exigían que se arrasase el localismo trillado tal como la paja volteada por el viento. Se pretendía retener sólo la nueva semilla en un suelo nuevo y preñado por

el espíritu de los nuevos tiempos. De ese modo se proponía unir el espacio insular con un alma propensa a la expansión y a la universalidad.

Elfidio Alonso es uno de esos escritores que viven y escriben con el ansia de avanzar hacia lo inesperado. Se ata al palo para oír las voces extrañas de las insólitas sirenas. La novela no puede ser ya una mera parida de episodios atados por un haz de sentimientos. Es pelea y rebelión, un osado viaje hacia la realidad contemporánea. Nada, como se ve, del otro mundo. Pero es necesario ver el mundo de otro modo para expresar convenientemente cada uno de los rincones que, hasta ese momento, se habían lamentablemente hurtado a la conciencia. Porque es una nueva toma de conciencia; esto es, se ve la realidad de forma nueva. Se la ve más allá de sí misma; más en el interior del sujeto, esta vez confiado en lo que puede ofrecerle su imaginación. En frase equivalente al lema poético del creacionismo, Elfidio Alonso se propone hacer una novela como la naturaleza hace una flor. Es decir, crear una nueva realidad; crearla con el arte. Construir una realidad mágica, tal como había preconizado en 1925 Franz Roh en su libro *Realismo mágico. Postexpresionismo*, libro que fuera traducido por Fernando Vela dos años después y, con posterioridad, reseñado en *La Rosa de los*



Vientos, en 1928, por dos escritores canarios, Ernesto Pestana Nóbrega y Juan (Manuel) Trujillo, que figuran de modo sobresaliente en el prólogo de Elfidio Alonso. Roh entendía la pintura como un arte sensible a la realidad del objeto y del espacio, lejos ya de la copia de la naturaleza y relanzándola como una segunda creación. Es necesario volver a plantear qué y cómo son los vínculos del ser humano con el paisaje y el mundo en donde habita.

Elfidio Alonso manifiesta en el primer párrafo de su prólogo de 1998 que "poco podía imaginar que aquello, a modo de novelita, era un pretencioso manifiesto surrealista". En las declaraciones epilógicas de 1928 priman, sin embargo, términos que se refieren a su novela con calificativos propios de las vanguardias presurrealistas, tales como futurismo o ultraconceptismo. En cualesquiera de los casos, el autor tiene la conciencia o el instinto de acercarse a lo vanguardial; ya no cabe la aceptación de lo popular folklórico entendido como restos arqueológicos que montan y representan escenas paralizadas y mal avenidas con la carrera incesante de los tiempos modernos. Elfidio Alonso se ve entre la pared de una novela en tranquila retaguardia que emblematicamente lo regional, y el riesgo de avanzar hacia lo desconocido con sólo una espada de nuevo filo y cuño.

En 1927, Blanco Fombona mostraba, no sin sorna, la fórmula de la novela de vanguardia: "Cinematógrafo + Poemita + Tontería = Novela". Muchos ingredientes se entremezclan en tal fórmula. Por lo que se ve, el género se está volviendo demasiado huidizo. *Los guanches en el cabaret* propone como base argumental la creación, por parte de un artista, de un cuadro pictórico que adquirirá, en su momento, una vida propia a través de unas imágenes cinéticas. Las dos dimensiones del espacio pictórico se convertirán, mágicamente, en un espacio de vívida realidad virtual. Podrían venir a la mente narraciones como *El retrato oval*, de Poe, o *El retrato de Dorian Gray*, de Wilde, e inferir con ello, que más allá de lo natural y lógico existe una relación entre la vida y su representación artística. Pero acaso sea *La invención de Morel*, de Bioy Casares, la muestra más pintiparada en virtud del cinematismo que comparten los dos relatos. Precisemos que se

atiende más a las nuevas técnicas expresivas del cine que a las de la pintura; o, si se quiere, un viaje desde la quietud bidimensional de la pintura hasta las imágenes movilizadas y animadas del marco cinematográfico.

Los expresionistas alemanes se percataron tempranamente que el cine puede plasmar y reproducir climas fantásticos. Entendieron que, con la imagen en movimiento, se rescatan visiones o espacios irreales que de otro modo se hubiesen perdido definitivamente en el tiempo. El Golem,



Aguar

una figura de barro, acaba animándolo la narración o la pantalla, y, por ese medio, reingresa en la vida. Pero su entrada en el arte necesita la creación de lo fantástico, exige una atmósfera hechizada gracias a la cual un cuerpo procedente del pasado -o del mito- pueda ser tolerado por una conciencia que pertenece al mundo del presente. De tal manera procede la novela *Los guanches en el cabaret*, siempre que le añadamos la pertinente dosis de ironía y sorna con que nos invita el autor. Un narrador que solicita a José Aguiar unas ilustraciones para su relato; José Aguiar, en esta década del 20, pinta regionalista. Pero los dibujos que le entrega al autor de *Los guanches* se atienen, sin embargo, al expresionismo pictórico. Quiso añadir al verbo la plástica que le convenía, aun a costa y en contra de la manera con que dibujaba en ese momento. El realismo mágico y el postexpresionismo de Roh, así como la "nueva objetividad" de Hartlaub, pueden ser las ideas que actúan de trasfondo e imprimen atmósferas equivalentes en el relato y en los dibujos que lo acompañan. La novela nos conduce desde un misterioso y mágico cuadro hasta una realidad fantasmal que, perteneciendo

al pasado, viene a cohabitar el presente; se conjura, a través de las imágenes, aquello que ya no puede tener existencia presente y real. Nos referimos al pasado guanche, al tema artístico del indigenismo, al cual invoca para oficiar su entiero definitivo.

No vale en ese mundo ficticio y creado por la palabra el procedimiento naturalista; sólo cabe percibir ese mundo como una representación. No cabe, pues, la realidad; se necesita, por tanto, comenzar e inventar una nueva realidad. Todo arte - en opinión de Roh- intenta retener lo expresivo y para ello selecciona formas que fluyen del mundo real; y todo ello para conservarse en el marco. Observaremos que en el cuadro descrito en la novela se borran las diferencias: lo antiguo y lo nuevo resultan igualmente solidificados. Se crea el efecto de una atmósfera fuera del tiempo, acróica. Un ámbito mágico.

Pero, lo mágico, ¿cómo se produce? Freud respondería en 1919 que lo mágico se crea a causa del sentimiento de malestar y extrañeza ante lo familiar y cotidiano. Desde el cuadro se procede a juntar, con toda naturalidad, detalles de los años veinte de nuestro siglo con supuestas anécdotas ocurridas en la isla poco después de su conquista. La mujer que baila el charleston lleva ya la indumentaria vanguardista, también el lugar donde danza, así como sus personajes vecinos, el músico del clarinete o el del piano. Todo extraña. Se han reunido por igual los elementos del hoy y los del pasado para conformar un disparatario que suene, se vea, se mueva y sepa a los tiempos que tocan modernamente vivir. El guanche antropomorfo habita igual ambiente y paladea asqueado un vaso de güisqui, o puede hacer un brindis con copa de champán. Mundo nuevo, alucinante, cinético. No basta un cuadro de figuras quietas. El delirio de los nuevos tiempos debe tocar a todos los personajes del relato y hacerlos revivir con la palabra. Del arte pictórico al séptimo arte. No basta ya la descripción del detalle; el novelista ha de revelar unas imágenes potencialmente dinámicas y cambiantes, azorosamente destinadas a dar cuenta del mundo de hoy. Debe universalizar el espacio y el tiempo. Debe inyectar a las tradicionales momias de nuestra historia la dosis con que rehacer las maneras nuevas de las nuevas conciencias.